
La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida consagrada²

CuadMon 147
(2003) 415 - 431

Para expresar toda la importancia que tiene para nosotros la Eucaristía, el Concilio Vaticano II ha declarado que el “sacrificio eucarístico” es “fuente y cumbre de toda la vida cristiana”. Esta declaración se encuentra en uno de los más importantes documentos del Concilio, esto es, la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia. En latín la expresión es *fontem et culmen* (LG 11). La misma expresión se encuentra en el documento *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros. Sin embargo el complemento es allí diverso: en vez de “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” el decreto dice “fuente y culminación de toda la predicación evangélica” (PO 5). Las dos afirmaciones se completan mutuamente, ya que el fin de la evangelización no es otro que la propagación de la vida cristiana fundada en la fe en Cristo.

En la Constitución *Lumen gentium* la afirmación se encuentra en el capítulo II, que presenta a la Iglesia como “pueblo de Dios”, “pueblo mesiánico” que tiene a Cristo como cabeza. Más precisamente, la afirmación sobre el “sacrificio eucarístico fuente y cumbre de toda la vida cristiana” aparece en el párrafo sobre la Iglesia como “pueblo sacerdotal”. El Concilio explica que Cristo, sumo sacerdote de la nueva alianza “ha hecho del nuevo pueblo

¹ Albert Vanhoye, jesuita, con sus investigaciones y su enseñanza en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma ha renovado profundamente el estudio de la Carta a los Hebreos. Actualmente enseña en varios centros de estudio de Roma. Ha publicado numerosos ensayos referidos al Nuevo Testamento.

² Traducción de *Vita consacrata* 4, Anno XXXIX, Luglio/Agosto 2003, realizada por la Hna. Bernarda Jiménez, osb Monasterio Ntra. Sra. del Paraná, Aldea María Luisa, Entre Ríos. Argentina.

reino y sacerdotes para Dios, su Padre (LG 10), como se dice en el Apocalipsis (1,6; 5,9-10). El Concilio declara luego que “el carácter sagrado y orgánicamente estructurado de la comunidad sacerdotal se actualiza por los sacramentos y por las virtudes” (LG 11). Entonces se pasa revista a los sacramentos: primero el bautismo, luego la confirmación, en tercer lugar la eucaristía. El Concilio afirma que “participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana (los fieles) ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella; y así, sea por la oblación o sea por la sagrada comunión, todos tienen en la celebración litúrgica una parte propia” (LG 11).

El Concilio no explica los fundamentos de su afirmación, no nos dice por qué el sacrificio eucarístico es “fuente y cumbre de toda la vida cristiana”. Debemos tratar de entenderlo bien.

Está claro que lo primero será hacer una reflexión sobre cuanto Jesús hizo en la última cena. El sacrificio eucarístico es fuente y cumbre de toda la vida cristiana porque la institución de la eucaristía por parte de Jesús ha sido el colmo del amor y del don del amor. De hecho la vida cristiana es ante todo vida de amor; la fuente de la vida cristiana debe ser una fuente de amor que produzca un amor extremo, hasta el colmo.

Buscamos por tanto entender de qué modo Jesús, por medio de la eucaristía, ha hecho brotar una poderosa fuente de amor.

La institución de la eucaristía, victoria de amor

La institución de la eucaristía es una extraordinaria victoria de amor. En efecto, las circunstancias eran más que nunca opuestas a una iniciativa de amor; constituían obstáculos tremendos. Todos los relatos de la última cena ponen la eucaristía en relación con la traición de Judas. Pablo afirma:

El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió (1 Co 11,23).

La traición estaba en curso. Mateo y Marcos recuerdan que Jesús era consciente. Él declaró:

Yo os aseguro que uno de vosotros me entregará, el que come conmigo (Mc 14,18; cf. Mt 26,21).

Lucas y Juan aluden igualmente a esta conciencia de Jesús. Por

consiguiente la cadena de los acontecimientos que llevarán a Jesús a la condena y a la muerte infame ya ha comenzado a ponerse en movimiento y el Señor es consciente.

Él puede aún actuar libremente. Algunas horas más tarde será arrestado, atado y entonces no podrá moverse más con libertad. Todavía menos podrá hacerlo cuando esté clavado sobre la cruz.

En la última cena Jesús afronta conscientemente una situación extremadamente adversa. Su ministerio de dedicación a Dios y a los hermanos, ejercitado con la generosidad más completa, está por ser brutalmente interrumpido por una traición, la culpa más odiosa y más contraria al dinamismo del amor.

¿Qué reacciones han de esperarse, por parte de Jesús, en tal situación? Vemos la reacción del profeta Jeremías cuando es avisado por el Señor de un complot tramado contra él. Jeremías exclama:

*Vea yo tu venganza contra ellos,
porque a ti he manifestado mi causa (Jr 11,20; 20,12).
Estáte atento a mí, Yahveh (...)
entrega a sus hijos al hambre y desángralos a filo de espada.
¡No disimules su culpa, no borres de tu presencia su pecado! (Jr 18, 19-23).*

He aquí la reacción espontánea de un corazón humano frente a la injusticia y a la traición. La actitud de Jeremías constituye ya un cierto progreso con respecto a la reacción humana instintiva, que sería tomar en mano la espada para vengarse personalmente. Jeremías confía a Dios la propia venganza, renunciando a hacerla por sí mismo. Esta es ya una victoria sobre la violencia.

Sin embargo Jesús logra una victoria mucho más radical y mucho más positiva. Él supera su abatimiento y en vez de renunciar, como Jeremías, a su actitud generosa, la lleva hasta el extremo:

Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (Jn 13,1).

Jesús anticipa la propia muerte y la hace presente en el pan partido, que deviene su cuerpo, y en el vino, que deviene su sangre derramada y transforma la propia muerte en ofrenda de amor extremo.

No es posible imaginar una generosidad más grande que esta, ni

una transformación más radical del acontecimiento mismo. Cuando se habla de la eucaristía se suele insistir sobre todo en la transformación del pan y del vino en cuerpo y sangre de Jesús (la transubstanciación), cuya importancia es ciertamente decisiva, pues sin ella no tendríamos el sacramento. Sin embargo existe otra transformación no menos estupenda y muy importante para nuestra vida espiritual: la transformación de una muerte como condenado en don de amor, en medio de comunión y de alianza. La transformación de la sangre criminalmente derramada por los adversarios en sangre de alianza. Esta es una victoria completa del amor, que transforma un acontecimiento de ruptura en acontecimiento de comunión.

La transformación de la muerte

En el Antiguo Testamento la muerte era concebida como acontecimiento de ruptura radical, de ruptura definitiva con los hombres y con Dios. No es posible comunicarse con un muerto, tener algún contacto personal con él, y esto provoca dolor y tristeza. Aquejado de una enfermedad mortal, el rey Ezequías exclama: “No veré ya a ningún hombre de los que habitan el mundo” (Is 38,11b).

Al mismo tiempo la muerte aparecía como una ruptura de las relaciones con Dios, porque era consecuencia y castigo del pecado. Este era ciertamente su aspecto más terrible para los fieles del Antiguo Testamento, los cuales no veían ninguna posibilidad de relación positiva entre la santidad divina y la corrupción de la muerte. Viendo su vida “cercana a la tumba” (Sal 88[87],4) el salmista dice a Dios:

*Relegado entre los muertos,
como los cadáveres que yacen en la tumba,
aquellos de los que no te acuerdas más,
que están arrancados de tu mano (Sal 88[87],6).*

Este doble aspecto de ruptura provocado por la muerte, se volvía aún más trágico cuando se trataba de la muerte de un condenado. La muerte de una persona querida causa en los otros dolor y aflicción, uno quisiera que no muriera; el condenado en cambio, es un relegado por la sociedad que no lo quiere más y lo condena a muerte justamente porque quiere romper con él de modo definitivo. En el pueblo elegido tal condena se hacía según la ley de Dios y el condenado, por lo tanto, era rechazado también por Dios. La muerte de un condenado comportaba la mal-

dición de Dios.

Esta debió ser la situación dramática de Jesús. San Pablo no duda en decir que: “Cristo nos rescató haciéndose él mismo *maldición*” porque fue crucificado, y se lee en la Escritura: *Maldito el que está colgado de un madero* (Ga 3,13; Dt 21,23). Era justamente esta situación de ruptura completa la que Jesús debía afrontar: él la asume y con la fuerza de un amor extremo la invierte completamente y hace de ella un instrumento de comunión con Dios y con los hermanos, un sacrificio de alianza.

No se pueden imaginar circunstancias más contrarias para la fundación de una alianza. Jesús sabe que será traicionado, que va a ser abandonado por todos los discípulos, negado por Pedro, acusado falsamente, condenado injustamente, escarnecido y asesinado. Justamente él anticipa estos acontecimientos crueles e injustos en el momento de la última cena, y los transforma en *don de amor*, en ofrenda de alianza. Tal transformación es una *victoria completa* del amor, una victoria sobre el mal y sobre la muerte, de los cuales invierte completamente el sentido: de un acontecimiento de ruptura hace un acontecimiento de comunión en el amor. En el don de sí mismo hasta la muerte, el amor ha vencido la muerte y ha producido una nueva vida ahora ya inexpugnable a la muerte.

Si pensáramos seriamente, esta realidad debería dejarnos profundamente estupefactos: la eucaristía se ha vuelto para nosotros algo tan habitual que ya no nos damos cuenta de la extraordinaria transformación obrada por Jesucristo y de la generosidad con la cual la ha concebido y realizado. En el Éxodo, Moisés había hecho brotar agua de una dura roca. En la última cena Jesús hizo un prodigio más estupendo: ha hecho brotar el amor de una situación mucho más odiosa.

Esta es la razón que explica por qué la eucaristía es la fuente de toda la vida cristiana. La vida cristiana, como ya he dicho, es una vida de amor. Para poder vivir y crecer en el amor se necesita recibirlo de Dios. Dios nos lo comunica por medio de la eucaristía, fuente de un amor extremo. Es útil notar que la eucaristía contiene todo el misterio pascual de Cristo; de otro modo no sería realmente una fuente de amor, sino solamente un rito externo vacío. En la última cena Jesús hace presente anticipadamente toda su Pasión y la ha orientado en el sentido del amor. Por esto, cuando recibimos la comunión recibimos en nosotros un intenso dinamismo de amor divino capaz de orientar toda nuestra vida en el sentido del amor generoso y de hacernos subir hasta la cumbre del amor. En muchas circunstancias vivir en el amor no es tan difícil, porque las personas se muestran amables, generosas, agradecidas, y no encontramos serios obstáculos. Con todo es siempre necesario un esfuerzo contra el

amor propio y el egoísmo. La eucaristía nos sugiere este esfuerzo y nos da la capacidad. En otras circunstancias, los obstáculos al amor pueden ser tremendos: ofensas inesperadas, situaciones injustas, hostilidades. El dinamismo de la eucaristía nos comunica entonces la fuerza de hacer sobreabundar el amor, como Jesús lo hizo sobreabundar en la última cena. En efecto, los obstáculos que encontraremos no serán nunca tan terribles como lo fueron en la Pasión de Jesús. El dinamismo de amor recibido en la eucaristía nos debería tornar fácil la victoria sobre todos los obstáculos al amor. Por desgracia, con frecuencia no acogemos bien este dinamismo y nos dejamos vencer por mínimas dificultades. En vez de amar también a nuestros enemigos, rumiamos sin fin las ofensas recibidas. Retrocedemos en lugar de progresar.

La eucaristía fuente de amor fraterno

El dinamismo de amor de la eucaristía tiene dos dimensiones, que son las dos dimensiones del amor evangélico y de la cruz de Jesús: la dimensión vertical de relación con Dios y la horizontal de unión con los hermanos y las hermanas. En la última cena, la dimensión que más aparece es la horizontal del don a los hermanos. El contexto era el de una comida tomada juntos, un contexto de confraternidad humana. Todo banquete tiene el significado de unión entre las personas y de acogida recíproca. En este contexto de comida tomada juntos, Jesús ofrece como comida el propio cuerpo y como bebida la propia sangre, creando así una comunión profunda. La sangre de la alianza es dada para ser bebida y no sólo como aspersion, como aconteció en la primera alianza del Sinaí. El resultado es una "interioridad recíproca". Lo dice Jesús en su discurso sobre el pan de vida: *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él (Jn 6, 56)*. No es posible imaginar una relación más íntima que esta interioridad recíproca.

Presente en la última cena, este aspecto de comunión profunda entre Jesús y los discípulos ya no se encuentra en el Calvario, donde se manifiesta sobre todo el aspecto de ruptura. Jesús en la cruz muere rechazado por la multitud; sin embargo, gracias a la última cena, sabemos que su muerte es un sacrificio de alianza ofrecido por la multitud, pues en la última cena Jesús ha conferido a su muerte este valor sobremanera positivo.

La eucaristía es fuente y cumbre de la vida cristiana porque es fuente y cumbre de la vida de comunión, y esto bajo los dos aspectos inseparables de comunión con Cristo y de comunión entre todos en Cristo. En

efecto, no procura solamente la interioridad recíproca con Cristo, sino también la unión entre los miembros de Cristo. Lo dice el apóstol Pablo: *La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aún siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan (1 Co 10,16-17)*. Este don de la unidad debe ser recibido con una sincera apertura de corazón. Si los cristianos se dejan vencer por su egoísmo, no están en condiciones de celebrar la eucaristía. También esto lo dice san Pablo a los corintios:

Quando os reunís, pues, en común, eso ya no es comer la Cena del Señor; porque cada uno come primero su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se embriaga (1 Co 11,20-21).

La cena del Señor no es auténtica si los corazones están cerrados. En cambio, si están abiertos a la caridad fraterna, la eucaristía comunica esta caridad, es fuente, y la puede llevar hasta el punto extremo. Podemos aplicar a la eucaristía lo que dice la primera carta de Juan: *Él dio su vida por nosotros; por lo tanto también nosotros debemos dar la vida por los hermanos (cfr. 1 Jn 3,16)*. En la Iglesia antigua, el nexo estrecho entre eucaristía y caridad fraterna era expresado concretamente: los cristianos llevaban al sacerdote todo lo que querían dar para los pobres, los enfermos, los presos, los cristianos que estaban de paso. Después de la celebración, el sacerdote organizaba la distribución. La eucaristía aparecía así como fuente efectiva de la caridad.

La eucaristía, fuente de amor filial hacia Dios

La dimensión vertical de la última cena es menos evidente, pero es esencial y condiciona la horizontal. ¿Dónde se manifiesta? Tal vez sea embarazoso responder a esta pregunta. Efectivamente, los relatos de la última cena son muy discretos en este punto; sin embargo dan una indicación clara. Nos refieren que, antes de dar a los apóstoles su cuerpo y su sangre, Jesús *dio gracias* al Padre. En el Evangelio según Mateo leemos:

Tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: “Tomad, comed, éste es mi cuerpo”. Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: “Bebed de ella todos, porque esta es mi sangre de la Alianza” (Mt 26,26-27)

En este fragmento notamos que Jesús da gracias dos veces. Su acción de gracias se expresa con dos términos diversos, el primero es el verbo “benedicir”, “pronunciar la bendición”, el segundo es el verbo “agradecer”, “dar gracias”. Marcos en su relato, adoptará igualmente estos dos verbos (Mc 14,22-23). En cambio Lucas y Pablo adoptarán sólo el verbo griego que significa “dar gracias” (Lc 22,19; 1 Co 11,24).

Entre “benedicir a Dios” y “dar gracias a Dios” no hay una real diferencia de significado. Sólo hay una diferencia de origen lingüística. “Benedicir a Dios” corresponde al modo hebraico de expresar la gratitud hacia Dios, mientras “dar gracias” corresponde al modo griego.

En la primera y en la tercera plegaria eucarística la liturgia ha puesto juntas las dos expresiones en el momento de la consagración, diciendo que Jesús:

dio gracias con la plegaria de bendición

En griego “agradecer” o “dar gracias” se dice *eucharistein*, del cual se deriva el sustantivo *eucaristia* que, en griego, significa “agradecimiento”, “acción de gracias”. Precisamente porque Jesús comenzó agradeciendo a Dios al instituir el sacramento de su cuerpo y de su sangre, la Iglesia llamó a este sacramento “la eucaristía”, lo cual demuestra hasta qué punto había comprendido la importancia fundamental del aspecto de acción de gracias en el sacrificio de Cristo. Las plegarias eucarísticas comienzan regularmente con un prefacio que dice:

*Realmente es justo y necesario
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.*

En esto son verdaderamente plegarias *eucarísticas*, en el sentido etimológico del término, porque expresan una acción de gracias y dan a la santa Misa un valor de sacrificio de acción de gracias.

Con la doble mención de la acción de gracias de Jesús, los relatos de la última cena nos dan una primera revelación que corrige nuestro modo espontáneo de concebir el sacrificio. Es decir, revelan que el aspecto de acción de gracias ha sido fundamental en el sacrificio de Cristo y por lo tanto debe serlo también en nuestra vida. Cuando pensamos en un sacrificio, en el sentido religioso del término, lo vemos como un don que

nosotros hacemos a Dios, no como un don que Dios nos hace. Jesús en cambio, ha visto su sacrificio ante todo como un don que él recibía del Padre, *el cáliz –dice– que el Padre me ha dado (Jn 18,11)*, un don de santificación y de glorificación. Este aspecto está expresado en los relatos de la institución de la eucaristía.

Los Evangelios nos revelan la extrema importancia que la acción de gracias tenía para Jesús en su relación con el Padre. Jesús da gracias públicamente antes de la multiplicación de los panes (*Mt 14,19; 15,36* y paralelos) y antes de la resurrección de Lázaro (*Jn 11,41*); expresa también su gratitud al Padre por la revelación hecha a los pequeños (*Mt 11,25; Lc 10,21*), así como por la generosidad del Padre en sus cuidados (*Jn 5, 20-23.36-37; 16,15; 17,10*).

Podemos comprender fácilmente por qué el aspecto principal de la oración filial de Jesús no podía ser otro que el de la acción de gracias. ¿Qué es para Jesús ser Hijo sino un continuo recibir todo del amor del Padre?

El amor filial es necesariamente un amor agradecido. Jesús, Hijo de Dios, agradece al Padre reconociendo en Él la fuente del propio ser, de la propia vida, del propio amor. Él debe aceptar todo del Padre, reconocer que recibe todo de Él y abrirse, en la gratitud a la inmensa corriente de amor que viene del Padre.

La vida cristiana debe ser una continua acción de gracias. Lo decía san Pablo a los tesalonicenses: *En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros (1 Ts 5,18)*. Lo repetía a los colosenses: *Sed agradecidos [eucaristoi] (Col 3,15); Cantando a Dios de corazón y con gratitud salmos, himnos y cánticos espirituales (3,16)*. Y todo cuanto hagáis, de palabra y de boca, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre (3,17)

De modo similar la Carta a los Efesios nos invita a *dar gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo (Ef 5,20)*. Pablo mismo daba el ejemplo; en sus cartas, lo primero que hacía después del saludo inicial era expresar su gratitud hacia Dios.

La eucaristía es para todos los cristianos “fuente y cumbre” de la gratitud hacia Dios, porque expresa toda la gratitud de Jesús. En la última cena Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, con la cual daba gracias a Dios, lo partió y lo distribuyó; hizo lo mismo con el cáliz del vino (cfr. *Mt 26, 26-27; Mc 14, 22-23; Lc 22, 19-20; 1 Co 11, 23-25*).

Recibir el don del Padre

Intentemos explicar las riquezas contenidas en la simple expresión: “Dando gracias”. Veamos primero en qué sentido pudieron comprenderlo en aquel momento los Apóstoles. Jesús toma el pan y dice:

“Padre, gracias por este pan que puedo distribuir a mis hermanos”.

Este primer significado de la acción de gracias corresponde al primer aspecto de la situación, esto es, al de una comida tomada juntos, una bella realidad que tiene una relación especial con la paternidad divina, fuente de vida y de comunión fraterna.

Jesús, sin embargo, sabe muy bien que esta no será una comida ordinaria, el pan no seguirá siendo alimento material. Mientras da gracias, Él sabe qué es lo que está por hacer en el instante sucesivo; ve que el Padre le da la posibilidad de un don más generoso, la posibilidad de ofrecer el pan celeste, para comunicar la vida divina. Jesús no pretende tener la iniciativa del don, sino que presenta la eucaristía como don del Padre. En el discurso sobre el Pan de vida, después de la multiplicación de los panes, había dicho:

Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo (Jn 6, 32).

Es verdad que este don del Padre es realizado por Jesús, que ha podido decir en el mismo discurso.

El pan que yo les voy a dar, es mi carne para la vida del mundo (Jn 6, 51)

El don de Jesús es por lo tanto sólo el segundo aspecto del acontecimiento. El primer aspecto, fundamental, es el don del padre.

Jesús da gracias por este primer aspecto:

“Te doy gracias, oh Padre, porque por medio de este pan que tengo en mis manos, yo mismo me volveré pan para la vida del mundo; te doy gracias por haberme dado mi cuerpo, que puedo dar en alimento espiritual a mis discípulos; por haberme dado mi sangre, que puedo transformar en sangre de alianza; te doy gracias ante todo por el amor que infundes en mi corazón y que lo vuelve deseoso de realizar este don completo de mí mismo para establecer una alianza eterna de amor entre tú, oh Padre, y

todos mis hermanos”.

Este es el significado más profundo de la acción de gracias de Jesús.

Jesús agradece anticipadamente por la victoria sobre la muerte

Para profundizar aún mejor el sentido de la acción de gracias de Jesús en la última cena, es útil examinar su relación con la oración de acción de gracias que Jesús había pronunciado frente a la tumba de Lázaro. Jesús había sido conducido al sepulcro y había mandado quitar la piedra que cerraba el ingreso. Luego, delante del sepulcro abierto, había dicho: *Padre, te doy gracias porque me has escuchado...* (cfr. Jn 11,38-41). La relación de la última cena con este episodio no es tan evidente; antes bien, a primera vista, se impone una enorme diferencia. Por una parte se trata de una oración hecha al aire libre, frente a un sepulcro y por otra, de una comida tomada juntos en la intimidad del cenáculo. Pero si reflexionamos un poco, descubrimos un nexo estrecho, porque en ambos casos Jesús debe afrontar la muerte y derrotarla. En el primer caso Jesús debe enfrentar la muerte de su amigo y ya indirectamente la propia muerte. De hecho, cuando decide ir a Betania, sus discípulos le hacen notar que, obrando así, pone en peligro su propia vida.

Rabbí -le dicen- hace poco los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí? (Jn 11,8).

Luego, frente a la firme determinación del Maestro, Tomás dice a los otros discípulos:

Vayamos también nosotros a morir con él (Jn 11,16).

Para devolver la vida a su amigo, Jesús se exponía a sí mismo a la muerte.

En la última cena Jesús afronta directamente su propia muerte, la hace presente en el pan partido, en el vino derramado; sin embargo antes de que exista la ocasión para una acción de gracias, la transforma en sacrificio de acción de gracias. En la última cena, así como frente a la tumba de Lázaro, el hecho sorprendente –y tanto más significativo– es que la acción de gracias ha sido realizada de modo anticipado, es decir, antes de la victoria sobre la muerte. Por eso constituye una revelación excepcional de la vida interior de Jesús y de su unión filial con el Padre. Y no es sólo reve-

lación sino que también es acción extremadamente eficaz, que abraza de antemano todo lo que acaecerá seguidamente y le confiere una dimensión nueva, un contenido distinto. La acción de gracias de Jesús fija la orientación de todo el acontecimiento: institución eucarística, pasión y resurrección.

Todo el acontecimiento deviene sacrificio de acción de gracias, *eucharistia*, que culmina en la resurrección, la cual forma parte integrante del sacrificio de Cristo. Podemos decir que Jesús ha resucitado porque en la última cena él ha acogido con profunda gratitud el dinamismo de amor que el Padre le comunicaba y que le daba la fuerza para vencer a la muerte brindándole la ocasión del más grande amor.

Los sacrificios de acción de gracias se practicaban con frecuencia en el Antiguo Testamento. Pero en el misterio pascual de Jesús el orden de las cosas ha sido completamente distinto, por lo cual resulta que la eucaristía es “fuente y cumbre” de la actitud de acción de gracias en la vida cristiana.

¿Cuál era el esquema habitual en el Antiguo Testamento? Si una persona se encontraba en una situación de peligro para su vida, invocaba a Dios para ser liberada del peligro, prometía a Dios un sacrificio de acción de gracias en caso de que escapara de la muerte. Si la persona escapaba a la muerte, iba al templo de Jerusalén para hacer, en medio de la asamblea festiva, el sacrificio de acción de gracias, que culminaba con una comida sacrificial ofrecida a todos los presentes, y en particular, a los pobres.

Por tanto este era el esquema habitual: peligro, súplica, promesa, liberación, sacrificio. En este esquema, el sacrificio de agradecimiento viene al final, como feliz conclusión de una aventura que amenazaba terminar muy mal.

El hecho extraordinario, en el caso de Jesús, es que él había puesto la acción de gracias al principio de todo. En la última cena, aún antes de anticipar su muerte en el pan partido y en el vino derramado, anticipó el agradecimiento final por la victoria de su muerte. Pone adelante el elemento que normalmente va al final, es decir, la acción de gracias, junto a la comida sacrificial, comida de comunión ofrecida los fieles.

En los otros casos, la persona que estaba en peligro agradecía a Dios después de que él le había procurado la salvación. En el caso de Jesús, en cambio, cabe más bien decir que él ha obtenido la salvación porque ha dado gracias a Dios antes de ser salvado, y ha hecho de su muerte, anticipadamente, un sacrificio de acción de gracias. La actitud de acción de gracias ha abierto el ser humano de Jesús a la corriente de amor

que le venía del Padre y lo volvía capaz de vencer a la muerte. El factor determinante de esta victoria ha sido por lo tanto la actitud filial de amor agradecido asumido desde el inicio.

En el sacrificio de Cristo, la acción de gracias aparece como el aspecto fundamental: se encuentra al inicio, define la orientación del conjunto, y se reencuentra al final, después de la resurrección, como actitud definitiva. En efecto, Cristo resucitado agradece al Padre en medio de la asamblea de los hermanos, como preveía el salmo: *En medio de la asamblea te alabaré* (Sal 22,23). Esta es la actividad de Cristo resucitado en su Iglesia. La Carta a los Hebreos aplica este versículo del salmo 22 a Cristo resucitado (Hb 2,12). Y tal es el sentido de nuestras eucaristías: somos asociados al agradecimiento de Jesús resucitado, que retoma el gesto precedente a la pasión, gesto profético, porque anticipaba la victoria y anticipaba el agradecimiento final con la comida de comunión.

Con razón, para designar el sacramento que hace presente el sacrificio de Cristo, la Iglesia ha elegido la palabra griega *eucaristía*, que significa “acción de gracias”. Con frecuencia no comprendemos toda la profundidad y la importancia de esta expresión para nuestra vida espiritual. Es verdad que se trata de una profundidad insondable, llena de aspectos paradójicos, que puede incluso aturdir nuestra mente, sin embargo es de una profundidad que nos invita a una conversión. La eucaristía nos lleva a reconocer hasta el fondo la importancia, para la vida cristiana, de la actitud filial de acción de gracias, nos lleva a unirnos, en todo momento y circunstancia, al agradecimiento filial de Jesús, y esto nos da la fuerza. La eucaristía es “fuente y cumbre” de este aspecto fundamental de la vida cristiana.

En su *Magnificat*, la Virgen nos enseña a agradecer a Dios. A sus cristianos recién convertidos el apóstol Pablo decía con frecuencia que agradezcan a Dios *en toda circunstancia* (1 Ts 5,18). En muchas circunstancias es fácil dar gracias al Señor: sin embargo necesitamos pensarlo bien, de otro modo no se crece en el amor. En las circunstancias penosas es difícil mantenerse en la actitud de gratitud hacia Dios. Nos requiere entonces un intenso esfuerzo para reconocer las gracias preciosas que se esconden en tales circunstancias, especialmente la gracia suprema de participar en la pasión de Cristo y en su victoria. La eucaristía debería tener el efecto de hacernos reconocer estas gracias y por lo tanto de ser agradecidos. Cristo recibido en nosotros nos impele a practicar también con él la acción de gracias anticipada, es decir, cuando prevemos que hemos de enfrentar circunstancias difíciles, actuar como Jesús en la última cena: abrimos con gratitud a la corriente de amor que viene del Padre celestial y agradecer-

le de antemano la victoria que su amor nos asegurará.

Esta me parece justamente la cumbre, el culmen del amor agradecido. Presupone una magnífica fe en el amor de Dios, una firme esperanza en la victoria y un amor generoso. Tal era la actitud expresada por san Pablo en la Carta a los Romanos. Les preguntaba con un tono de desafío: *¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Acaso la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?* Respondía con orgullo: *En todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó, pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro (Rm 8,35-39)*. Quien posee tal convicción puede corresponder plenamente a la gracia de la eucaristía y dar gracias en toda circunstancia, practicando también con Cristo en el momento de la prueba el agradecimiento anticipado por la victoria futura.

Para estos cristianos, la eucaristía es verdaderamente “fuente y cumbre de toda la vida cristiana”, porque la institución de la eucaristía ha sido por parte de Jesús la victoria completa del amor en sus dos dimensiones de amor agradecido hacia el Padre y de amor generoso por los hermanos y las hermanas.

La ofrenda de Cristo y el Espíritu Santo

Una forma complementaria de darse cuenta de la afirmación del Concilio consiste en aplicar a la institución de la eucaristía lo que dice la Carta a los Hebreos de la oblación de Cristo, es decir que él, *por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios (Hb 9,14)* y así se transformó en *mediador de la nueva alianza (9, 15)*. En efecto, la acción de gracias de Jesús implicaba una actitud de disponibilidad para acoger el amor que venía del Padre, por tanto una actitud de ofrenda de sí mismo a la acción del Espíritu Santo. Juan Crisóstomo observa a propósito que en el sacrificio de Cristo el Espíritu Santo ha tomado el puesto que el fuego tenía en los sacrificios antiguos. En el culto antiguo, el fuego del altar, que era un fuego venido de Dios (cfr. *Lv 9, 24; 2 Cro 7,1*), tenía la función de hacer subir hasta Dios a las víctimas inmoladas. Sin embargo el verdadero fuego de Dios no es un fuego material sino el Espíritu Santo. Sólo el Espíritu Santo es capaz de efectuar la verdadera transformación sacrificial, es decir, de hacer pasar la ofrenda a la esfera de la santidad de Dios. Ninguna fuerza material, ni siquiera la del fuego, está en condiciones de hacer subir una ofrenda hasta el Señor, porque no se trata de un viaje por

el espacio, sino de una transformación interior. Para acercarse a Dios el hombre no tiene necesidad de un movimiento externo sino de un cambio interno, de una transformación del corazón, transformación que se hace posible y efectiva sólo por el Espíritu Santo.

Por lo tanto el sacrificio de Cristo no acontece por medio del fuego que ardía continuamente sobre el altar del templo, sino por medio del Espíritu eterno. Éste es el secreto del dinamismo interno de su ofrenda. En cuanto fue animado por la fuerza del Espíritu Santo, Jesús tuvo en la última cena el impulso interno necesario para transformar la propia muerte de condenado en ofrenda de sí mismo a Dios, como sacrificio de alianza, a favor de todos los hombres. Esta fuerza espiritual ha realizado luego la completa transformación sacrificial, ha hecho pasar la naturaleza humana de Cristo del nivel terreno donde se encontraba, en virtud de la encarnación, al nivel de la definitiva unión con Dios en la gloria celestial.

Para poder instituir la eucaristía, Jesús ha abierto de una manera nueva su ser humano al Espíritu Santo. De esto resulta que la eucaristía nos comunica junto al cuerpo y sangre de Jesús, el Espíritu Santo que los llena. Por este motivo “el sacrificio eucarístico” es “la fuente y la cumbre de toda la vida cristiana” (LG 11)

Podemos decir que en la comunión el oráculo de Ezequiel se cumple. Dios prometía darnos un corazón nuevo y un Espíritu nuevo, su Espíritu (Ez 36,26-27). Por medio de la pasión Dios ha formado, en el ser humano de Cristo, un corazón nuevo, lleno del Espíritu Santo. Este corazón nuevo, corazón de Cristo resucitado, nos es ofrecido.

Acogiendo en nosotros este corazón nuevo, por medio de la comunión eucarística, nos hacemos capaces de vivir cada vez más plenamente en la nueva alianza con sus dos dimensiones inseparables de docilidad filial hacia Dios y de solidaridad fraterna con todas las personas humanas.

Dos modos de participar en la eucaristía

Para concluir, podemos distinguir en nuestra participación en la eucaristía dos aspectos diversos, de los cuales el primero corresponde a la eucaristía como fuente y el segundo a la eucaristía como cumbre de nuestra vida cristiana. El primer aspecto precede al desarrollo de la vida cotidiana, precede a los afanes, a la actividad, a las relaciones con las otras personas, a los sufrimientos. El segundo aspecto sigue al desenvolvimiento de la vida cotidiana, a las tareas cumplidas, a la actividad desarrollada, a los sufrimientos soportados, a los encuentros tenidos con

otras personas.

En el primer aspecto, la eucaristía es fuente de la vida cristiana; es decir, si participamos de la celebración eucarística al inicio de la jornada, encontramos el alimento espiritual que nos es necesario para caminar y recorrer cristianamente la nueva etapa de nuestra existencia. Cristianamente: esto quiere decir en una unión de amor con Cristo que nos abre con inmensa gratitud a la poderosa corriente de amor que viene del Padre y nos hace vivir todo en una generosa docilidad filial y en una caridad fraterna igualmente generosa. En la eucaristía nos es comunicado un intenso dinamismo de amor, el dinamismo de amor que ha llevado a Jesús a superar los peores obstáculos al amor: la traición, la injusticia, la crueldad. La eucaristía nos vuelve capaces de dar y de perdonar, de hacer siempre sobreabundar el amor. Si prevemos que la jornada será difícil: trabajo pesado, complicaciones por las relaciones con las personas, trastornos de salud, etc., la eucaristía nos asegura la victoria del amor y nos impulsa a agradecer a Dios de antemano por esta victoria esperada, así como Jesús agradeció a su Padre anticipadamente por su victoria sobre la muerte y sobre el mal. En todo esto, la eucaristía cumple la función de fuente inagotable, fuente de fe, de esperanza y de amor, fuente de valentía y de paciencia, fuente de relaciones positivas entre las personas, fuente de unión con Dios y con los hermanos y las hermanas.

En el otro aspecto, la eucaristía se vuelve cumbre de la vida cristiana. Este segundo aspecto está más fácilmente presente si participamos de la eucaristía al final de la jornada; sin embargo puede muy bien estar presente también en una celebración matutina, mejor dicho debe normalmente hacérsenos presente. Es decir, debemos llevar a la celebración todo lo que hemos vivido con la ayuda de la gracia proveniente de la celebración precedente, a fin de que todo sea perfectamente unido a la ofrenda de Cristo. La eucaristía vuelve presente la ofrenda de Cristo hecha en la última cena y sobre la cruz, precisamente para que podamos unir todo lo que hemos hecho y sufrido, todas nuestras actividades, todas nuestras alegrías y nuestras penas. La unión sacramental con la ofrenda de Cristo santifica todo. Este momento constituye la cumbre de nuestra jornada. Es verdad que la unión existencial, esto es la unión en la vida, es más importante que la unión sacramental, sin embargo es igualmente verdad que la unión sacramental es normalmente el medio indispensable para hacer cada vez más fuerte la unión existencial. Para estar en condiciones de ejercitar su sacerdocio bautismal, los cristianos tienen una necesidad absoluta de acoger la mediación sacerdotal de Cristo. El sacramento de la eucaristía es el medio indispensable para acoger efectivamente esta mediación.

En la celebración eucarística realizamos óptimamente nuestra vocación cristiana, la cual es descrita magníficamente por san Pedro en su primera carta: *Acercándoos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo (1 P 2,4-5)*. En la eucaristía nos adherimos a Cristo en su misterio pascual de pasión y de resurrección, y somos unidos a él en una nueva vida, formamos una casa espiritual, es decir, un santuario lleno del Espíritu Santo, y ofrecemos sacrificios efectuados bajo el impulso del espíritu Santo que presentamos a Dios a través de la mediación de Jesucristo.

Ya terminando, notemos que la participación en la eucaristía suscita dos especies de ofrendas, las cuales corresponden a los dos aspectos arriba mencionados: está la ofrenda previa y está la ofrenda sucesiva. La ofrenda previa es una ofrenda de disponibilidad; la ofrenda sucesiva presenta dones efectivos. Al inicio de la jornada, la eucaristía nos lleva a ofrecernos para hacer la voluntad del Señor durante la jornada; es una ofrenda de disponibilidad. Decimos a Dios, con Cristo: *He aquí que vengo a hacer tu voluntad* (cfr. *Hb 10,7-9*). Ponemos a disposición de Dios nuestras fuerzas, nuestra inteligencia, nuestro corazón. La eucaristía es la fuente de esta ofrenda de disponibilidad.

Al final de la jornada, la eucaristía nos invita a presentar a Dios, en unión con el sacrificio de Cristo, toda la cosecha de nuestra jornada, el trabajo realizado, el testimonio dado, los contactos tenidos con otras personas en la caridad divina, los gozos y los sufrimientos. Gracias a la eucaristía, todo esto cobra un valor inmenso, es decir, es colmado del valor inmenso del sacrificio de Cristo. La eucaristía es entonces el momento culminante de nuestra vida.

Esto requiere que no vivamos la eucaristía como un rito religioso separado de la vida real, sino que, por el contrario, unamos íntimamente nuestra vida a la eucaristía, es decir que pongamos toda nuestra vida en la celebración eucarística y toda la eucaristía en nuestra vida.

Via della Pilotta, 25
00187 Roma
Italia